

Al núm. III de id. De la historia de Motolinia, escrita en 1541 y dada á la prensa en 1858, saca nuestro Ilmo. Vera un partido cuantioso, pues nada menos pone en evidencia que es notabilísimo el silencio del gran misionero para con Zumárraga y Juan Diego, y que á la vez son á la Guadalupana las alusiones con que el autor motiva ese mismo silencio.

Basten estas reducidas muestras de lo que contiene el «Tesoro Guadalupano,» y ya se convendrá en que su idea y publicación han sido uno de los grandes acontecimientos de la feliz veintena con que la insigne Coronación ha sido preparada por la suma benignidad de Nuestro Salvador Jesucristo, para reparación de las tristes defecciones de la apostasía oficial de nuestra amada México.

CAPÍTULO IX.

Continuación del análisis del «Tesoro Guadalupano.»—Su gran mérito.—Epílogo de ese análisis.—Multitud de argumentos que de él brotan en gloria de la Guadalupana.

SON muy notables:

De la 2ª serie del tomo I, el número XLIV en conexión con el II ya citado, en que el P. Daza, en 1619 alude fervorosamente á la Guadalupana.

Números XVIII, LIX y LXI, se pone á toda luz la verdadera intención de Sahagún y aun su alusión al milagro del Tepeyac.

Núm. XIX. Excelente análisis de la causa del silencio de Dávila Padilla.

Núm. XX. La Guadalupana de Estremadura, muy diversa de la del Tepeyac. Don Vicente de la Fuente, parecido á Bernal Díaz en lo muy precavido contra los falsos milagros. Gran triunfo de la Virgen del Tepeyac.

Núm. XXI. Historia de Mendieta, como la de Motolinia; silencio motivado sobre la Guadalupana por causa de Bustamante, y palabras concordantes con las de Zumárraga, subrayadas al fin y aun alusivas al gran milagro.

Núm. XXVI. Dato nuevo. Una poesía del P. Eslava que alude á la Guadalupana. Según Icazbalceta, la fecha de esta y otras poesías no pasa del año 1600.

El núm. XXVIII. Dato nuevo de que ya hicimos mención. La ruptura que del silencio de *recato* respecto de la Aparición Guadalupana hace el P. Baltasar de Medina, porque ya *no hay razón ni disculpa para ese recato*.

Núm. XXIX. Dato nuevo. Que Baltasar de Echave (floreció en tiempo de Torquemada) *retocó* la Guadalupana del templo de San Francisco de México; luego ya en el siglo XVI, la orden franciscana tenía en altísima veneración á nuestra bendita Imagen.

Núm. XXXII. Desde 1589, á partir desde Don Luis Velasco, el segundo, todos los virreyes al entrar en México honraban y hacían parada en el Santuario del Tepeyac. Lo patentiza el «Tesoro.»

Núms. XXXIX y XL. Determinan la conducta de Sahagún y Torquemada con respecto al milagro guadalupano, de que resulta que Sahagún, si es terco y obstinado, no es infiel sino leal, mientras que Torquemada es muy plagiarío é infiel historiador. Cada cual con ocasión de eso mismo rinde homenaje á la verdad guadalupana, como lo demuestra sagazmente el Ilmo. Sr. Vera.

Núm. LXVI. Dato del fragmento de tilma de la Guadalupana que se conserva y muestra en Calahorra. (*)

Núm. LXVIII y final del primer tomo. La historia de Miguel Sánchez.

(*) En nuestro humilde concepto es de grandísima importancia, y sería de desear que se escribiese á Calahorra por alguno de nuestros Rmos. Señores Obispos, pidiendo todos los datos que ahí se tengan de la historia de ese precioso fragmento de tilma.

Apéndice precioso. Dos testamentos inéditos, uno de 1563 y otro de 1572, y un sermón del P. Zepeda de 1622 (con el cual Muñoz queda confundido).

Tomo II, Núm. XV. Guadalupe de Inocencio X.

Núm. XXI. Hace nuestro Rmo. Vera una cita felicísima de Florencia, que tenemos el gusto de que confirme nuestra tesis del cap. VII: «Sacó (Miguel Sánchez) lo más de esta historia (dice Florencia) de unos papeles antiguos que conservó la providencia de algún curioso, y más la disposición divina y también constase, que el no parecer otros escritos anteriores *no fué por no haberse escrito, sino por no haberse estampado.* (Subrayado por el Rmo. Sr. Vera.)

Núm. XXIII. Dato nuevo. Es un pasaje del peruano P. Alloza, que escribió una relación de la Aparición, casi el mismo año que Miguel Sánchez (1649) sin haber visto la obra de éste.

Números XXVIII, XXXII y XLV. Gumppenberg, Nieremberg, Nicoseli: tres votos de gran valía.

Núm. XLVI. Contiene la lista y apuntes biográficos de todos los individuos de las Religiones y Corporaciones que firmaron la súplica de la concesión de la fiesta Guadalupe, súplica dirigida á S. S. Alejandro VII.

Números CLVIII y CLXXXIV. Insigne soneto guadalupano de Sor Juana Inés de la Cruz.

Núm. CCIV. Relación Guadalupe de Betancourt (1692).

Núm. CCV. Florencia. «Historia de la Compañía de Jesús de Nueva España.» Mención de la Guadalupe (1693.)

Núms. CCX y XC. Grandes favores de la Guadalupe al P. Zappa.

Núm. CCXI. Historia de los primeros 80,000 pesos para edificar la actual Colegiata. (Año 1694.)

Núm. CCXII. Capilla provisional. (1694 en 5 meses.)

Núm. CCXVI. Primera piedra de la Colegiata. (1695.)

Núm. CCXXXI. Ordenanzas del Obispo de Pue-

bla; parece que antes de 1648 ya se celebraba el 12 de Diciembre la Aparición de la Guadalupe.

Núm. CCXXXIV. Hermosa referencia del italiano Gemelli Carreri.

Núm. CCXXXVII. Anotaciones de Sigüenza á Bernal Díaz y Torquemada. Referencia Guadalupe.

Núm. CCXLII. Dos notables tesis guadalupanas del Padre Puga (S. J.) en 1700.

Núm. CCLXIV. Funda el P. Margil (1707) el Convento Guadalupano de Zacatecas por medios admirables.

Núm. CCLXV y CCLXVII, CCLXXVI y CCLXXVII, documentos de la fundación de la Colegiata (1708.)

Núm. CCLXIII. Palomino, arte de la pintura. Trae un gran homenaje á la Guadalupe (1708.)

Núm. CCLXXIII. Dedicación (1709) de la Basílica Guadalupe. Artículo extenso.

Núm. CCCIV. Notable por el dato de que el Aguila Mexicana con la serpiente apresada y muerta, no dista de parecerse simbólicamente á la Guadalupe en su relación con el relato del capítulo XII del Apocalipsis, como lo hace notar la portada de la obra del Padre Villalobos, como es de verse en el «Tesoro.»

Núm. CCCV. Bula de Benedicto XIII, de erección de la Colegiata (1725).

Números CCCXXII, CCCXXVI y CCCXXVIII. Centenario segundo (1731) de la Aparición.

Idem hasta el CCCXXXI.

Este breve resumen el lector diligente puede aprovecharlo comprobando las citas nuestras que hemos hecho á lo más florido de tan bien cultivado campo; y con eso no puede menos de patentizarse, de planificarse, de sentarse un estado, permítasenos la metáfora, de las grandes y no interrumpidas cadenas de la tradición y de la historia de la insignie Aparición Guadalupe. De ese *plano*, de ese *estado*, de ese encadenamiento de *actos guadalupanos*, puestos en todo su conjunto de dos siglos, á un solo golpe de vista, é integrados con

la obra posterior del mismo Sr. Vera sobre el proceso que el segundo Arzobispo formó contra Bustamante, resulta esta hermosa conclusión: Que la causa de tan grandes efectos, como son tantos hechos que dan por supuesta la Aparición de la Santísima Virgen al indio Juan Diego, y su pintura en la manta que portaba, no es ni puede ser una ficción de mitología ni una piadosa exageración, ni un crecimiento de devoción de adherencias sucesivas, como podía suceder con una simple leyenda milagrosa que hubiese surgido de oscuro ó nebuloso origen. No, lo de la Guadalupana, hay que aceptarlo en toda su integridad ó que precipitarse en el abismo de la necedad ó de la mala fe. En este asunto, una prueba invoca otra prueba, unas á otras se prestan auxilio, una dificultad se allana con otra y esta á su vez se resuelve con excelente explicación. Véamoslo:

La prueba de que Juan Diego no miente, se corrobora con el hecho palpable de que la Pintura, que en cuestión pudiera ponerse en cuanto á su autor, es de portentosa extrañeza. Ella no es ni puede ser obra de indio ni de europeo; para indio es mucho suponer; para europeo, ni aun se ha supuesto por alguien. Y así el origen de la Pintura sin Juan Diego, es inexplicable; la historia de Juan Diego sin la Pintura, tiene que ser un mito. Uno y otro supuesto no cabe en mente sensata y desapasionada. Esto, en cuanto á las pruebas unas con otras.

En cuanto á la solución de las dificultades, gusto da también. Tanto portento en manos del buen Zumárraga, era para aturdirse, era para anonadarse. ¡Con razón calló Zumárraga! ¡Con razón calló Motolinia, santo, amigo de otro santo! y no puede menos de brotar de sus labios, solamente esta revelación: ¡que algo muy honorífico tiene que callar! Tanto portento en manos de otro santo, el sucesor de Zumárraga, Montúfar, tenía que provocar un gran ruido; y ya lo hemos visto, gran ruido fué el de su dichosísimo sermón de 6 de

Septiembre de 1556: *dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis*, decía el 2º Arzobispo, rompiendo, acerca de la *preciosa y bendita Madre de Dios* en su Pintura Guadalupana, ese silencio que supieron tan sensatamente guardar el bienaventurado Zumárraga y el bienaventurado Motolinia. Gran ruido fué el de la oposición del formidable Bustamante, dificultad muy pequeña para que dañase á la verdad del milagro, y explicación muy grande, que antes de hace 12 años, es decir, antes de 1883, no se tenía para resolver la dificultad ofrecida por el silencio afectadísimo de un Mendieta, de un Sahagún, de un Torquemada, representantes de dos tercios del primer siglo guadalupano.

A todo esto agréganse dos decisivos elementos: primero, que en medio de ese silencio de los dos tercios de ese siglo, se elaboran al menos dos insignes historias manuscritas del gran milagro; segundo, que en medio de ese silencio surgen votos de admiración de insignes viajeros ó ausentes: Bernal Díaz en Guatemala, Suárez de Peralta en España, claman muy alto en favor de que el gran portento vivía y reinaba en la dichosa México á la sazón que ellos escribían. (1569-1589.)

Todo esto puede verse de un solo golpe en ese plano ó estado del «Guadalupano Tesoro,» integrado con el comentario del Sr. Vera sobre la información contra Bustamante, amén de tanto que, á partir desde la época posterior á Torquemada, viene á ratificar, con profusión que colma de contento, lo que de la anterior época notado tenemos.

